



#santjordi2013



llibre de sant jordi

16a edició

recull de les aportacions
al **blogging literari**

<http://bloccmaralaxarxa.parcdesalutmar.cat/>

NARRATIVA

- 1_** TERROR EN LA RONDA (RELATO VERÍDCO) de Laura López Checa
Centre Dr. Emili Mira - Institut de Neuropsiquiatria i Addiccions (INAD)
- 2_** RELAT d'Ana García Rico
Metgessa jubilada - Hospital del Mar
- 3_** LA PORTA S'OBRE A LES HORES EN PUNT I A DOS QUARTS d'Ana Rodríguez Marcos
Centre Fòrum
- 4_** SORPRESAS TE DA LA VIDA de Rafael Manzanera
Ex Director Assistencial - PSMAR
- 5_** DIOS TIRANOSAURIO Y MARGARITA BUBER de Jesús Alcalde Vilas
CAS Hospital del Mar - INAD
- 6_** EL TIEMPO DE TI de Jesús Alcalde Vilas
CAS Hospital del Mar - INAD
- 7_** LA NOSTRA REALITAT d'Elisabeth Pérez Cusco
Hospital de l'Esperança
- 8_** RELAT de Sebastián Gonzalo Freire
Centre Fòrum - INAD
- 9_** PROMESA de José Manuel Benítez Moreno
Centre Dr. Emili Mira - INAD
- 10_** AQUELLA MAÑANA EL MAR de José Manuel Benítez Moreno
Centre Dr. Emili Mira - INAD
- 11_** SAPIENS de José Manuel Benítez Moreno
Centre Dr. Emili Mira - INAD
- 12_** RELAT d'Eva Maria Amil Rodríguez
Centre Dr. Emili Mira - INAD

POESIA

- 13_** POEMA d'Óscar Garcia Algar
Hospital del Mar
- 14_** REINA de Jesús Alcalde Vilas
CAS Hospital del Mar – INAD
- 15_** LAS HABITACIONES DEL
INVIERNO de David Mariné Pérez
Centre Fòrum – INAD
- 17_** LA CASA de David Mariné Pérez
Centre Fòrum - INAD
- 20_** LA BUENA TIERRA de David
Mariné Pérez
Centre Fòrum - INAD
- 21_** LA MENTIRA de David Mariné
Pérez
Centre Fòrum - INAD
- 22_** NUEVE CÉNTIMOS DE EURO de
David Mariné Pérez
Centre Fòrum - INAD
- 24_** LAS GRULLAS DE HIROSHIMA de
David Mariné Pérez
Centre Fòrum – INAD
- 26_** POEMA I de Sebastián Gonzalo
Freire
Centre Fòrum - INAD
- 29_** POEMA II de Sebastián Gonzalo
Freire
Centre Fòrum - INAD



TERROR EN LA RONDA (RELATO VERÍDICO)

Laura López Checa

Presa de una súbita amoxofobia, giro el volante a derecha e izquierda una y otra vez. La estabilidad del coche es peor que la de una chalupa en el Cabo de Hornos. Tráfico en la Ronda . Llevo diez minutos infernales huyendo del camión rojo. Pegado a mí. No me adelanta. Acelero, acelera. Cambio de carril, cambia de carril. ¡Déjame en paz!. Un frenazo, una falsa maniobra y todo acabará en una estúpida tragedia. Recuerdo la película “el diablo sobre ruedas”. Otro volantazo y salgo de la ronda. Voy a mi Hospital. En la entrada el vigilante me dice, Laura ¿te has fijado?, llevas el capó trasero levantado. Lección: lava el coche y no verás “diablos sobre ruedas”.



RELAT

Ana García Rico

La noticia, me ha impactado. Lo leo, lo pienso, lo intento,.....pero no puedo. ¿Se puede escribir un relato sin papel y lápiz? Para mi es realmente imposible, ¿sabéis porque? Cuando escribo algo, estoy hablando con otras personas, les intento transmitir eso que estoy pensando, forma parte de mi vida, es humano, y este instrumento, sencillamente no lo es. Es útil, rápido, pero es una máquina, no me escucha, no tiene sentimientos, no puedo.....

Me despido hoy del Sant Jordi de mi querido Hospital, lo siento, necesito papel, me gusta su tacto, su olor, es igual que sea bueno, malo o reciclado, pero papel, siempre ha formado parte de mi vida.



“LA PORTA S’OBRE A LES HORES EN PUNT I ALS DOS QUARTS”

Ana Rodríguez Marcos

Trenta minuts. Entra i saluda. Avui està molt tranquil. Massa? Mai no saps si és massa o massa poc. Se'l mira i li fa un petó que un dia més no és correspost. El pentina, l'afaita i li posa colònia. Li acaricia la cara i se'l torna a mirar. Encara li sembla el noi més guapo de la ciutat. Ell ja no la veu però amb la seva veu reviu moments de fa 50 anys o potser més...Ho sé perquè me'ls miro des de la porta del bany i li descobreixo un somriure. La butxaca em vibra i sona. M'han descobert.

- Primer?

- La porta.



“SORPRESAS TE DA LA VIDA”

Rafael Manzanera

“Sorpresas te da la vida, la vida... te da sorpresas. ¡Ay, Dios!”: Me gusta pensar en las cosas que me pasan. Sobre todo en el momento en que están sucediendo. Y esto, como todo en la vida, tiene cosas buenas y, otras, no tan agradables.

Hablando con una persona. Cuando me gusta, porque pienso en que me gusta. O al contrario, cuando me gustaría estar en otro lugar. En ambos casos, estoy como en otra parte, y la persona lo nota.

Viajando en el metro oigo una música viva, alegre o melancólica. Y siento bienestar y alegría. O apenas escucho la música y me quedo absorto mirando a los músicos y a su platillo, con apenas unas monedas. Estoy como en dos lugares a la vez.

En una tienda, de repente, recuerdo mi casa de pequeño, por un olor o la sensación de un sabor, y me da placer. O me doy cuenta de que alguien pasa por la calle y mira con deseo el escaparate. Y no entra, y me siento fuera y dentro a la vez.

O al cambiar de trabajo. Disfrutas con el recuerdo de lo que allí has vivido. Pero no estás seguro de que las sonrisas existieran, de que las historias fueran comunes o las viviéramos por igual. Es como dos lugares a la vez.

Como dice la canción, la vida está llena de sorpresas! Y sólo quedan los amigos, la gente que mira las cosas que miras tú, las vea como las vea.



DIOS TIRANOSAURIO Y MARGARITA BUBER

Jesús Alcalde Vilas

Margarita Buber se había licenciado en Paleontología muy Cum Laude y a distancia hacía escasos tres días y ya concluía en magistral hallazgo el miércoles de la misma semana: Dios era necesaria e inequívocamente un Tyrannosaurus Rex.

Primero se vio asaltada por siete u ocho eureka de los de sentirse importante y de Nobel ipso facto, todo brinco por el estudio y gritos como de ardilla, pero al momento se le puso el miedo en el cuerpo y empezó a mirar sudando por las ventanas a las nubes muy quieta y muy temerosa y muy preocupada adivinando heterodoncias asesinas en los cúmulos y en los rayos de sol.

Táctica y estratégica, Margarita Buber empezó a partir del jueves a quedarse paradita, estática, hierática y estatuaria en el mismísimo segundo en el que dieran las doce vigilando muy mucho de que el Señor no la viera y se la zampara de un solitario y carnívoro mordisco. Sólo Margarita Buber sabrá por qué a las doce y no, por ejemplo, a las tres, que también había dinosaurios a esas horas y hasta Dios, pero el caso es que ya estuviera en la cola de la perfumería, planchando blusas, escribiendo un ensayo, impartiendo clases, lavándose el núcleo o esperando en el parque otro que-sí-que-nó diario a Julián insolvente y enamorado, daban las doce en los relojes y ¡pam!, ahí tienen ustedes a Margarita Buber más tiesa que un Rodin.

Y ya fuese por azar o por Gracia sucediose un catorce de febrero que le dieran las doce-cero-cero mientras cruzaba desnortada y colorada la avenida General Johnson a decirle por fin que Sí al Julián. Miró el relojito de colores, las doce en punto, se puso a hacer el maniquí en mitad de la carretera con el reajo rebonito en el Dios Rex y una ambulancia que venía sobrevolando el alquitrán echando luces a salvar algún transeúnte a medio infarto le partió el cúbito, el húmero, el fémur, el cóccix, las rótulas, el maléolo interno y el externo, el temporal, el parietal y hasta el mismo agujerito del culo mandándola en siete volteretas a parar a tres calles vista.

Y Dios la vio. Y se la comió. No se sabe si por moverse o por quedarse quieta.



EL TIEMPO DE TI

Jesús Alcalde Vilas

A Nuria D. Valero

Tu cuerpo es de otro tiempo distinto al mío.

Bajo la bata tus pies y manos descienden de un trópico al que nunca adiviné enteramente los caminos y en la piel de tus lugares la sangre se agolpa contenida como ingravidas y naturales llamas de férreos hornos forjados revelando el torrente de vida que adentro tuyo pugna desesperadamente por salir y gritarle a la muerte que se aleje, que aún no se llegue. Así acalla tu joven silencio, dormida tú, la voz grave de la vieja desesperanza.

Mi cuerpo es de otro tiempo distinto al tuyo.

En mí tan sólo existen las apagadas lámparas de una fiesta desierta que en su negra sombra acoge el imposible fulgor de la plata y de las copas vacías y mis ojos pesan tanto de su fardo de fotografías sepia que son dos meras bayas húmedas en el linde de caer de un seco arbusto que arde a puro sol. Pero a ti me tiendo y mientras duermes beso apaciguado esa piel tuya que contiene luminosas y desbocadas primaveras como un reo enfermo de esperanza que reposa su mejilla en el regazo frío de sus cuatro muros auscultando el arrullo de esas ramas de abedul que el viento mece afuera en los parques libres del sueño.

Tu cuerpo es de otro tiempo distinto al mío, mi amor, acá las horas son quebradas cáscaras de huevo allá donde las aves vuelan majestuosas demasiado arriba. Acá los días son esponjas que envuelven a un hombre y van robando una a una sus lágrimas como ladrones sutiles y cada vez que se parte mi alma si cerrando los ojos al besarte teme herida de soledad al aire inhabitado ya no soy capaz de llorar. Una vez lloré cuando fui nube oscura llena de un cauce de blanca poesía y allá estaba tu cuerpo de otro tiempo buscando en el cielo un futuro de alas doradas. Ahora estás tan empapada pendida de este cuerpo mío también de un tiempo distinto y yo quiero secarte bebiéndote despacio, como un manantial de mí que a ti y a mí regresa limpiándonos a ambos de la mugre perfumada de nosotros mismos. Así te abrazo y beso mientras duermes y en la mitad de mi loco amor te hago eterna para que vivas siempre así en mi tiempo como en otro tiempo mejor.



LA NOSTRA REALITAT

Elisabeth Pérez Cusco

L' habitació era fosca. Un raig de llum per l'escletxa de la finestra feia entreveure la taula de fusta, els fulls a l'esquerra, la ploma i el tinter a la dreta, com esperant ser utilitzats. Els ulls es van acostumar a veure en la foscor, a la paret en front de la porta, hi ha una llibreria plena de llibres, alguns molt antics, altres més nous, el meu instint és posar-me a mirar-los, un per un, sense por. Treure la pols que els cobreix i llegir, llegir, llegir..... sense pensar en res més, oblidant la meua vida, submergir-me en altres vides. Al racó hi ha una cadira i un llum de peu, el cor em diu d'anar-hi, encendre-la i que passin les hores entre els fulls. No ho puc fer, no puc obrir el llum, no puc llegir, estic amagada en aquesta habitació, estic fugint, no em poden trobar. Miro els llibres i ploro. He de tornar a la realitat.



RELAT

Sebastián Gonzalo Freire

El cuarteado libro, deslomado por los avatares del malvivir y por unos inviernos fríos sin hálitos de sorpresa sobre sus hojas, tenía las esquinas roídas hasta sus entrañas. Marañas que hablaban de su pasado artesanal, un cuerpo recio que ahora apenas tenía unos escasos centímetros de espesor, por la inanición de unas letras que ya no leía nadie.

El libro se precipitó desde la ventana de los cristales rotos, desde el quinto piso de aquel bloque gris que amenazaba ruina. Un edificio abandonado por especuladores de destinos humildes, en plena crisis mundial años antes de la llegada del gran líder.

El demacrado libro pasó sus páginas ese día por última vez, colapsando una tras otra sobre sus descoloridas tapas, con una aceleración constante de 9,8 metros por segundo al cuadrado hasta colisionar súbitamente contra el suelo.

Apenas quedaron intactas unas pocas hojas enganchadas a sus tapas por unos deshilachados racimos de hilos. Algunas, se fueron desgarrando durante la caída libre, decantando con un rítmico ir y venir que parecía susurrar su pena, hasta posar su liviano cuerpo sobre un pavimento delicadamente esmerilado.

En ese presente ahistórico en el que yacían ahora los restos de un destino escrito, se acercaron unos jóvenes Alfa intrigados por aquel objeto extraño insertado en su mundo calculado, estandarizado y esmerilado; atraídos por algo que parecía vivo, por el palpitar de unas hojas que se mecían al compás de una suave brisa de verano.

Un esbelto Alfa plus, hijo de una de las familias más adineradas de ese ahora Estado Mundo, se adelantó al grupo para observar de cerca los despojos de aquel ser extraño que yacía agonizante en el suelo. Intrigado, con una voz de barítono afinado leyó el título de su portada: "Un mundo feliz".

El joven Alfa, se levantó súbitamente, se giró hacia sus compañeros mirándoles fijamente a los ojos, y con cara de asombro se encogió de hombros con una mueca de incompreensión infinita.



PROMESA

José Manuel Benítez Moreno

Su sombra olía a tabaco. Aquella noche, como cualquier otra noche de los últimos cuarenta años, Laurentina volvió a suplicarle.

Él, mirando fijamente aquellos ojos oscuros, tomó sus manos, apretó entre los suyos aquellos dedos hechos a la lejía y a los estropajos, y asintió trascendente:

- Nunca más, te lo aseguro, nunca más vas a verme fumar.

Laurentina dibujó una sonrisa de incredulidad y sirvió la sopa. Cenaron en silencio, en la cocina destartalada, bajo el tintineo incesante del único fluorescente vivo. Después, como cada noche, en el saloncito, el televisor dibujó destellos y sombras sobre sus rostros arrugados hasta que el hastío les pesó en los párpados. Antes de acostarse él la besó en la frente. Fue apenas un roce con sus labios moteados, pero hacía tanto tiempo que no le tomaba las manos, que no la besaba tan siquiera en la frente, que no le respondía sin acritud, que por un momento ella creyó recordar el sabor de una remota felicidad que un día pasó de puntillas por sus vidas. Cerró los ojos, y bajo sus párpados desfilaron como fantasmas algunas escenas de aquellas películas que tanto la habían hecho soñar y aquellas melodías que tanto habían llenado sus silencios.

Ella, más tarde, se durmió reconfortada. Él entretuvo su tos en el lavabo, se secó una lágrima que el espejo le había escupido y, con sigilo, de la mano de la memoria del ciego, ganó su lado del lecho. Sentado al borde de la cama, prendió un cigarrillo y contempló el cuerpo entre sombras de la mujer, apenas iluminado por el ardiente crepitar de su pitillo. Exhaló el humo sobre su frente. En la mano izquierda, el cigarro; en la derecha, una botella de ácido clorhídrico.



AQUELLA MAÑANA EL MAR

José Manuel Benítez Moreno

Aquella mañana, al descorrer las cortinas, comprobó que el mar ya no estaba allí. Entonces entendió -como lo hiciera la tarde de otoño en que conoció a aquella mujer- que no obedecía a la casualidad que dos hojas de árboles, distintos y distantes, se conocieran en pleno vuelo y enlazaran sus nervios, para dejarse arrastrar por el viento, muchas leguas más al sur.

Había estado varios meses internado en aquel recinto decimonónico, de paredes llorosas, convenciendo a las moscas de su cordura. Al volver, el mar ya no estaba allí. Un rascacielos había ocupado su estampa. Y esta vez no era otra alucinación.



SAPIENS

José Manuel Benítez Moreno

Con grandes esfuerzos consiguió encaramarse al árbol. Aún sangraba su herida. Los otros, desde ramas más altas, miraban curiosos, inquietos. Emitían chillidos, zarandeaban el ramaje en señal de rechazo. Pasaron las nubes, y un sol cárdeno se deslizó más allá del horizonte. Las moscas, convocadas por el olor púrpura, se arremolinaron hambrientas en la mano entumecida por la brecha.

Se oía la impaciencia de algún depredador en sus pisadas lentas, circulares en torno al árbol, que marcaban el lento ritmo de las estrellas. No pudo conciliar el sueño. Una hembra más vieja la acogió en su regazo, le dio calor y procuró aliviar con su lengua aquella carne abierta por el disparo.

Con las garzas, el sol elevó su vuelo para vestirse pronto de ceniza. Ella tenía en el rostro la amarga huella del llanto contenido. La mano se había hinchado bajo el cráter sanguinolento. Las primeras gotas de lluvia en la herida se sintieron gélidas. Más tarde, la tierra exhaló las últimas tolveneras y el cielo abrió sus fuentes. Había empezado la estación pluviosa. Las dos se miraron confiadas. El hombre blanco no volvería en unas seis lunas.



RELAT

Eva Maria Amil Rodríguez

Bendita locura, subirse al tejado de las tejas negras, y sentarse sin gravedad en la luna menguante. Bendita locura, atravesar descalzo la arena de los tres grados, y coger con la palma de la mano las olas de los dos grados. Bendita locura, gritar sin miedo a que dirán viendo una película de terror, sentado en la butaca trece. Bendita locura, caminar mil kilómetros para ver un segundo sus ojos, bendita locura hacer 1000 kilómetros para no encontrarlos, pero mil kilómetros para imaginar sus miradas.

Bendita locura, intentar recuperar el tiempo que se ha ido, recogéndolo de unas fotos olvidadas en un cajón.

Bendita locura, pensar que lo que haces con toda dedicación es lo más importante, siendo solo algo que no interesa y no tiene la relevancia que piensas.



POEMA

Óscar Garcia Algar

no ho sé, el per què, però no em vaga de dir-te
no ho vull, saber-ho, però no et busco la pell
no ho penso, fa dies, però em fa mal la teva mirada
no ho tinc, ni ho busco, però el desig ja no és de tú
no puc deixar, de pensar, que això era amor
ara sí que sé que la olor ve cada vegada de més lluny
encara ho recordo
ets a l'aire i hi seguiràs estant
cada cop més lleu
però
ja no t'estimo

REINA

Jesús Acalde Vilas

Dice tu milagro por modestia
que de azares vive,
así tu amor sencillo refulge
en el lóbrego corazón del pozo
como un agua fresca y encendida
que de ese infinito faro en la noche
dice sólo un tímido rubor.

Tan aguerrida, tan cauta
tan altiva gacela,
tan postrada pantera.

Así se saben tus imperios, Lola,
cada noche en la que inclinas
tan fámula tu cuerpo
y tan reina me besas la aurora.



LAS HABITACIONES DEL INVIERNO

David Mariné Pérez

Hay habitaciones que conservan invierno,
adormideras que con el paso del tiempo
amansan olas de fuego.

Analgésicas estancias de algodón y vendas paliativas,
donde el amor no tiembla más de la cuenta
y la pasión es una seda con caricias de morfina.

Estancias que detesto
como detesto cualquier tipo de continencia,
paraguas insatisfechos que nos privan de la lluvia con su horrible cautiverio,
corrientes inanimadas donde la carne no combustiona
ni se desparrama.

Sondeemos el fondo de nuestros cuerpos en un incendio provocado
que nos reviente las ampollas a mordiscos,
y démonos caza contra el suelo
-o contra el abismo-
hasta que los dioses purguen la negligencia del remanso
y la tibia comparsa del amor edulcorado.



Hundamos las manos en la carne embriagada de rugidos,
-estrepitosamente vivos-
porque hubo un tiempo donde amar era libre
y no un esclavo formulismo,
un tiempo
donde hombres y mujeres
-acostumbrados a la caza-
alumbraban con luz extraordinariamente lasciva
hasta el último de todos los suspiros más profundos,
un tiempo
donde las fauces impedían soltar presa
y la carne florecía como la mejor de las miserias,
un tiempo
donde el placer goteaba por el suelo
y la obscenidad era un dedo que llegaba al fin del mundo:
como un amigo secular,
un sonriente,
un embriagado satisfecho
bebiendo de todas las tabernas y burdeles de tu cuerpo.



LA CASA

David Mariné Pérez

Es urgente que sepas que esta casa se muere:
hace dos meses que me instalé en estos muros de hojalata
y desde entonces no ha pasado un solo día
sin que me muestre sus heridas más perversas,
como una invitación al peor de los entierros.

Ayer mismo sin ir más lejos,
y de forma inesperada,
me estrechó la mano en un pésame húmedo,
y bajo el caos de un desmoronamiento
empezaron a llover del techo una ristra de goteras
como lágrimas encebolladas golpeando contra el suelo.

Fue espantoso,
créeme que fue espantoso,
nunca había conocido una casa
con tantas ganas de morirse.

Corté el agua como si hiciera un torniquete de urgencia,
pero ya todo se aparecía en sangre,
con el aislante en carne cruda
y las vigas exangües.



Después de administrarle una cutícula de engrudo,
pensé que tal vez prefería observar sus cicatrices
antes que estas gasas asépticas
que ahora cubren su epidermis.

La luz penetra desde el pasillo en un último suspiro moribundo
como un hilo borroso y letal que anuncia el desahucio,
inclinó la cabeza y observo la esclavitud de sus simetrías
intento sanear sus grietas
pero la mayoría se me muestran subterráneas
otras en cambio
me son imposible de remediar
o traducir,
me siento como un pobre idiota
embriagado por el silencio de un sótano funesto
y fantasmagórico.

Te echo de menos,
te echo muchísimo de menos,
los humanos siempre encontramos a faltar algo,
no importa donde estemos,
bien en una isla apartada
o refugiados tras la orilla de una vela temblorosa.

A veces es un vértigo que no te salva
pero del que tampoco huyes,
otras son noches con fuerte olor a carne,
otras no son nada,
y hasta eso también encontramos en falta.



De cómo mis hombros duermen inquietos
te hablaré en otra carta,
hoy sólo diré que nuestro lecho anda costrado
que despierta entre úlceras sonámbulas
en mitad de la noche dolorosa,
como una mujer que lamenta un embarazo frustrado.

He pensado en pintar las paredes de un deseo vagabundo
intencionadamente vagabundo,
porque esta casa se nos muere amor,
se nos muere y confunde carcajadas con lamentos.

Es preciso que lo sepas.

Y si finalmente el techo se desmorona de suicidio,
y los muros se colapsan por infarto
y vencida y muerta la casa
terminamos durmiendo por el suelo
sólo te pido que este sea más confortable
que la mejor de las casas de cualquier hombre.



LA BUENA TIERRA

David Mariné Pérez

Hay una esencia de mujer en los besos que me das
que zurcen botones rojos en mis mejillas.

Mi dulce muñequita:
qué ornamento precioso para mis huesos
y fue horrible vacío cuando te marches
qué procesión de pies rotos y alfileres
qué espuma de gemidos y afroditas,
cuando el amor
se te desborde
por una tierra fértil de suspiros
donde el tibio sol abre los ojos
para que nazcan ramitos de ternura en tu cabello.

Oh hija mía,
no queda más que el silencio
de todas mis preguntas estúpidas.
canta el gallo tu futuro
en el desértico jardín de mi cabeza
yo sólo escucho a las hienas.

Estoy desenterrando abrazos
para sembrarlos en tu buena tierra.



LA MENTIRA

David Mariné Pérez

Nos amábamos despreocupados,
abandonados en nuestra madriguera de tallos mordidos:
mira,
es la mentira,
-dijo ella-
se oculta en nuestras sábanas,
temerosa y famélica,
como un gemido de angustia y edema.

Matémosla,
ahora es débil y rígida
y alimentarla
sería una abominación prematura
que sólo nos traerá tensión en el vientre.

Yo cogí un veneno mudo,
ella
una pistola de rabia.
dónde está,
-nos dijimos-
saltó por la ventana.

Los dos mentíamos.

Esa noche
ninguno de los tres cenamos caliente.



NUEVE CÉNTIMOS DE EURO

David Mariné Pérez

Mira

hay combates que tenemos perdidos de antemano:
te lo digo y una necrosis personal
se filtra como lluvia empapando mis escombros,
y pese a ello,
no debemos arrojar la toalla,
pues también sobre la lona se aprende a bailar
a golpes extremos y batiéndonos con saña.

Cuando suene el gong
-como una orquesta de relámpagos-,
la sangre se agolpará por tus sienes.

Es la bella septicemia,
el desfile de todos los latidos subterráneos,
una tribu de bastardos
que se arrastra hasta tu náusea más profunda.

A merced del oponente
cada grito de libertad omite una advertencia,
a merced del oponente
cada golpe de dolor nos abraza y oxigena.



Noqueados sí,
pero por la fuerza y la belleza de un poema
nacido a golpe de laringe,
o en las entrañas más profundas de los barrios de uno mismo.

Poemas que no olvidan
que en las casas más limpias
se encuentra la gente más sucia,
o que en nuestra choza mugrienta
el taxímetro de la tristeza
siempre marca más de la cuenta.

Pero hoy,
amor mío,
al vaciarme los bolsillos
he encontrado nueve céntimos de euro.

Y un poema.

No soy de amañarme los combates,
ni codearme con poetas atildados,
así que bien mirado,
esto es todo lo que tengo:
una fortuna
para un mundo tan precario de ilusiones.

LAS GRULLAS DE HIROSHIMA

David Mariné Pérez

Hay días en los que el odio supera la vida
días en los que me levanto y acerco el rostro al espejo
en busca de ese muchacho que horada la carne de su mentón
para tratar de tener el mismo hoyuelo que su padre.

Días en los que no consigo traducir el mundo
ni vislumbrar un pedacito de tierra sin peligro;
días en los que salgo a la calle
igual que el reo sale al patio de la cárcel,
desvaído,
con el rostro sembrado por el miedo
-igual que el tuyo-
en busca de un hálito de humanidad moribunda,
esperando la sentencia de este juego despiadado que nos impone la vida.

Resulta desolador ser presidiario de un mutismo sombrío
y me rebelo
contra todo y contra todos
descuartizándome el corazón,
un corazón de hazaña heroica,
inconsciente y encendido
como la ferocidad de los caballos de Diomedes
si supieras niña de papel
que ardo como grulla en Hiroshima,
que esta vida no tiene clemencia ni cuartel,
que no hay alivio de luto para el próximo reo



y si lo hubiera
por qué este castigo de hacer dolor del propio dolor
por qué esta horrible condena.

Amanece soledad
a unos versos de distancia;
si la poesía es un arma cargada de futuro
hoy borro las huellas y el terror
del asesino que me condujo a esta celda.

POEMA I

Sebastián Gonzalo Freire

Me resisto
a pasar página,
con la nostalgia de unos incunables escuetos,
caprichosos abrigos de polvo
y recuerdos evocados.

Paginadas ilusiones de acetato sublimado
expuesto en el pausado tiento
que iluminó la tez de nuestros rostros.
Argéntica química anudada
que acostumbró a vestir de seda la dopamina de nuestras sorpresas
porque,
cada fotograma impresionado,
cada segundo diafragmado,
anudó enjambres de fotones extraviados
en rosetones de espectros lumínicos alados
que esculpieron la belleza de nuestras sinergias,
que dibujaron el alba de nuestras argamasas
infundiendo la emoción latente de la espera,
el hiato sostenido
finalmente revelado
entre los 24 x 36 milímetros que lucieron nuestros marcos,
aguantando la respiración,
a la velocidad de la luz,
con un clic,
con un clac.



Impresiona

descubrir su fijación en las retinas,
en nuestras midriáticas esferas desveladas
con fotones inyectados en sangre,
con algoritmos taciturnos de licántropos artistas,
de vampiros violinistas
deslumbrados por un flash,
con un clic,
con un clac.

Milésimas de segundo

fijando el anhelo de nuestros corazones candentes,
desnudando el deseo de nuestros suspiros latentes,
en aquellos caminos convergentes
que a veces,
derivaron en finales truncados,
que nos mostraron la gravedad de nuestros sueños,
y el crepitar por aquellos otros senderos olvidados
que nos salvaron,
que crearon las tangenciales trayectorias
que parieron las áreas de nuestras funciones,
y en definitiva,
que dejaron constancia de lo que fuimos,
de lo que dejamos de ser,
y de que estuvimos allí,
compartiendo,
con un clic,
con un clac.



Rememorando el calibrar titubeado
del caminar acompasado
que moduló morfemas con nuestros fonemas,
que dio significado a nuestros insignificantes
y a nuestros significantes deglutidos
una y mil veces en clase,
cada día de nuestras calles,
con cada sorbernos los mocos
entre las arenas de nuestras colmenas,
entre las espinas del petirrojo curioso
que dando saltitos mueve sus alas
antes de devorar su gusano,
con un clic,
con un clac.
Pulsaciones de luz
que acariciaron el pestañear de nuestros imprevistos,
acompañando el castañeteo mecanizado
de las cortinillas imbricadas entre nuestras puestas de largo,
entre nuestras sonrisas forzadas,
aun siendo felices,
frente a un objetivo de cristales de Torio
montado en una vetusta Nikon F,
salvada de la umbría del fondo de un armario
de ser enterrada para siempre,
junto al pulsátil tiento que alimento sus estelas,
que hizo rodar sus engranajes trabados,
rebobinando ilusiones
con cada carrete,
con cada clic,
con cada clac.



POEMA II

Sebastián

Hay tardes
en las que paseando por los aledaños de mi madriguera,
regresan a mí los perdigones perdidos del pasado,
esas imágenes afincadas
en contextos homólogos
al transitar por lo cotidiano,
por la apatía de un día cualquiera.

Momentos,
con la misma intensidad y espectro lumínico
que aquel día y sólo aquel,
con aquellas emociones y sólo aquellas,
en el seno de una confluencia electromagnética
en el que la luz,
reflejada ahora en el charco de las ausencias,
se difracta
en inquietantes iridiscencias rotas
entre las hojas de los árboles del camino,
con ese sonido quebrado
por el pisotear de hojas secas
durante nuestro acompasado y caduco peregrinar,
divagando por los recuerdos entumecidos
de nuestro consolidado vector
espacio-temporal.



En este instante,
mientras escribo este...
llamémosle poema,
el borboteo de unas lágrimas que no acaban de brotar
me quema los ojos,
me evoca
que ya no hay vuelta atrás,
que los sonidos y la luz
y todo lo demás
que acompañó a eso que parecía nuestro,
ya no está,
como el día aquel
en el que mi amigo Jaime,
buscando sus gafas graduadas cayó al mar,
desde el acantilado;
como cuando hambrientos y perdidos
pero vivos como nunca,
devorábamos erizos de mar
y pulpos destripados a lo vivo,
con la adrenalina supurando por nuestros poros,
y aquellas risas de felicidad maniforme
que no se borraban de nuestras caras,
mientras contemplábamos el mar,
allá,
desde las rocas,
en el momento en que Oscar,
cual autoproclamado ejecutor del señor de las moscas,
decidía empalar aquel amasijo de tentáculos prominentes
que sólo imploraban la clemencia de los dioses,



para asarlo a fuego lento
y alimentar el germen de nuestros pecados,
al abrigo de aquel atardecer de cigarras,
con la compañía de la indómita tramontana,
a los pies
del que fue el mítico faro
de La luz del fin del mundo

#santjordi2013



núm. 16

23 d'abril de 2013

edició: departament de comunicació corporativa PSMAR